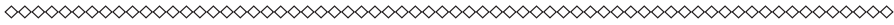




OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

Misa Exequiral por el Ilmo. Sr. D. José Estévez Armada*Catedral de San Martiño de Ourense, 5 de julio de 2020*

Rom 8,14-23 (p 494)

Mt 5, 1-12^a (p 506)

Mis queridos Hermanos sacerdotes concelebrantes

Miembros de la Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica. Seminaristas

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

¡Queridos amigos todos!

En primer lugar quisiera saludar con especial afecto a D. Justo y a los demás familiares de D. José Estévez Armada y les trasmito en mi nombre, y en el de todos los sacerdotes tanto presentes como ausentes, nuestro más hondo pesar por el fallecimiento de este sacerdote bueno y fiel, sentimiento que nos afecta igualmente a todos nosotros porque también él pertenecía a esta gran familia que es el Presbiterio Diocesano que siente su muerte y la acogemos con un profundo sentido de esperanza. A estos sentimientos se han unido tanto Su Emcia. el cardenal Carlos Osoro, como los Sres. Obispos Mons. Diéguez y Mons. Quinteiro, respectivamente. Los tres me han manifestado, de palabra y por escrito que D. José fue para ellos un colaborado fiel, muy claro en lo que veía y pensaba, así como un sacerdote muy libre a la hora de expresar con gran libertad sus opiniones en cada momento. También ellos se unen a esta Eucaristía. A estos testimonios de pesar se unen el del Administrador Diocesano de la Diócesis hermana de Astorga y los Vicarios de Santiago, Mondoñedo y Lugo.

Mis queridos hermanos sacerdotes: cualquiera de vosotros podrías pronunciar esta homilía, mucho mejor que yo, porque habéis conocido, tratado y colaborado con D. José, en los diversos ministerios que desempeñó en esta Diócesis hasta que se jubiló por motivos de salud y de edad. Algunos lo habéis tenido de rector, otros fuisteis sus alumnos y todos habéis estado en contacto con él a través de los muchos años en los que ocupó la Vicaría General de esta Diócesis, ejerciendo, además, la delicada función de Administrador Diocesano, sede vacante, entre el pontificado de Mons. Diéguez y el de Mons. Osoro. Yo he conocido a D. José en el ámbito estrictamente académico cuando, como profesor invitado, explicó Metafísica y Gnoseología en el Instituto Teológico Compostela. Fue allí en donde

entablé amistad con aquel sacerdote bueno e inteligente que se preocupaba por aquellos alumnos a los cuales aquellas materias que él impartía y en las que ponía toda su pasión especulativa, les resultaban especialmente complejas y abstractas. Más tarde, por designios inescrutables de la providencia, aquel colega profesor me ayudó a tomar conciencia de la realidad de esta Iglesia en Ourense, durante los primeros meses del ejercicio de mi ministerio pastoral. Fueron momentos especialmente delicados y difíciles que jamás olvidaré. Sin embargo, no nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral para realizar un panegírico, cosa que estaría fuera de lugar y, segurísimo, tal como era D. José, le disgustaría mucho. Este es un encuentro de fe con ocasión de la marcha a la eternidad de un hermano nuestro sacerdote.

Nos ha reunido aquí, en esta Iglesia Catedral, no solo el afecto y agradecimiento a este hermano sacerdote, sino nuestra fe en la Resurrección de Jesucristo que es el fundamento de nuestra esperanza de que tanto nuestro hermano como cada uno de nosotros resucitará. Estamos inmersos en una sociedad impregnada por la cultura del bienestar en donde el pragmatismo, el poder, el fuerte hedonismo, el relativismo, no solo de la verdad, sino también de la realidad nos rodean por todas partes; dentro de este complicado horizonte en el que hemos sido invitados por el Señor para vivir nuestra fe en la resurrección, el hecho del morir humano se convierte en un obstáculo para poder admitir al mismo Dios y, en muchos casos, se tiende a apartar la realidad de la muerte de la esfera de las relaciones sociales y, sobre todo del ámbito familiar.

Ante esta situación tenemos que constatar que la aparición de la Covid-19 nos ha ayudado a todos: autoridades a todos los niveles, la sociedad civil, los medios de comunicación, y a nosotros mismos, a abrir la puerta de nuestra existencia a la muerte. ¿Os habéis fijado que no falta un día en que no se nos digan las cifras de muertes, o, lo que es peor, la constante politización del número de las mismas? De lo que se hablaba, nada más que por accidente o, solo en las esquelas de la prensa local, ahora se está convirtiendo en un protagonista cotidiano.

Sin embargo, la fe en Jesucristo resucitado y vivo nos ayuda, entre cosas a enfrentarnos con la realidad y esta es aquella que ya se planteaba en el ambiente pagano de la primera evangelización: no se trata de que no se puede negar la existencia de la muerte, sino más bien, como ya señalaba el apóstol Pablo: *Si no hay resurrección de muertos, tampoco Jesucristo ha resucitado* (1 Cor 15, 13-15). De ahí que en la primera lectura proclamada se nos habla, con fuerza, de que *somos hijos de Dios y sí hijos, herederos de Dios, de modo que, si sufrimos con Él, seremos también glorificados* (Rom 8, 14-23); de ahí que aquel gran pastor de los primeros siglos de la vida de la Iglesia, también en momentos difíciles y quizás más complicados que los nuestros llego a decir:

La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en

la visión de Dios (S. Ireneo, Contra las herejías, Lib. 4, 20,5-7).

¡Que el hombre viva! Y ese es el motivo que ha cautivado el corazón de tantos cristianos, entre ellos nuestro hermano sacerdote que habiendo descubierto desde siempre que la verdadera vida es buscar la gloria de Dios y, con la rectitud de intención que ya vivió desde su etapa de seminarista, a pesar de las tribulaciones que ha sufrido en aquellos momentos, como en el ejercicio de su ministerio, y de manera especial siendo estudiante en Roma, en donde la “búsqueda de la gloria de Dios” siguiendo la estela de la espiritualidad ignaciana, se grabó en su vida y más tarde, en todo su recorrido pastoral desde el Seminario, como profesor y rector, como cura-económico en el Buen Jesús do Cebollino y encargado de Sta. María de Lamela, y como profesor en la Universidad Laboral, como Capellán de las Carmelitas Descalzas pero, sobre todo al frente de la Curia Diocesana haciendo que desde ese organismo se hiciese más posible y cercano el ministerio pastoral de Obispo. No es fácil el ejercicio de un cargo de responsabilidad, tampoco lo es en la Iglesia, ¡todo lo contrario! No lo olvidemos, estamos para servir y, con siguiendo el espíritu paulino estamos llamados a “gastarnos y desgastarnos no por nuestras cosas sino por vosotros mismos”, es decir, por el santo Pueblo de Dios. Es esta la cruz y a la vez la alegría que mueve la vida del sacerdote que en medio de esta sociedad se encuentra con que se le responde con incomprensiones, censuras, críticas y falsas verdades. Sabemos bien que en la Iglesia todo ministerio jerárquico adquiere un especial sentido de cruz porque, como tantas, seguro que os enseñó D. José con sus enseñanzas, salpicadas de anécdotas, se trata de servir con bondad al bien de los fieles, sin descuidar y, mucho menos manipular la verdad de Jesucristo y de su Iglesia, de ahí que aquel que ha desempeñado este servicio con los últimos cuatro obispos que han ocupado la sede auriense, como es el caso de D. José Estévez Armada, ha podido hacer suyos los sentimientos expresados en la Palabra proclamada en esta liturgia: *Los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará*. Esa gloria quiera Dios que hoy ya sea perenne actualidad para nuestro hermano sacerdote, porque la cruz es un signo que acompaña siempre la gloria de Dios, de ahí que para nuestro hermano esas cruces que ha vivido por hacer posible la verdad de la acción de la Iglesia hayan generado paulatinamente, en su corazón generoso y fiel, la bondad y la paz con la que quería solucionar las graves dificultades con las que se encontraba. Recemos para que el espíritu de las Bienaventuranzas, que una vez más ha resonado hoy en esta asamblea litúrgica, se haga realidad en su existencia en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva, de manera especial, se cumplan en él aquello que hoy hemos proclamado: *Bienaventurados los pobres, los mansos, los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* (Mt 5, 1-12).

La liturgia de la Iglesia nos dice: *Sus obras le acompañan!* De muchas de ellas somos testigos los que estamos aquí, de la mayoría de sus acciones sólo Dios

es sabedor de ellas. Los méritos obtenidos en esta vida por Don José le hacen acreedor de la misericordia de Cristo y mucho más después de esta larga etapa de enfermedad con la cual el ser humano es purificado y aquilatado con el oro en el crisol del sufrimiento, de la precariedad física, en definitiva: de la cruz.

Desde aquí invocamos a nuestra Señora de las Maravillas y del Mundil, advocaciones marianas vinculadas con Santa María de Cartelle, parroquia que ha sido cuna de muchas vocaciones para la vida sacerdotal y consagrada, en la que vio la luz en el lejano 11 de febrero de 1932, y en donde descansan sus restos mortales desde ayer tarde. Qué Santa María Madre y los santos pastores salgan a su encuentro y le conduzcan a la ciudad santa de la luz y de la paz.

Que así sea.

**Ordenación sacerdotal de los Rvdos. D. Adrián Rodríguez Iglesias
y D. Francisco López Gómez**

Capilla del Seminario Mayor Divino Maestro, 2 de agosto de 2020

Saludo con cordial afecto a los miembros del Presbiterio Diocesano que a pesar del peso del trabajo pastoral de este Domingo han querido estar presente en esta solemne liturgia de Ordenación Sacerdotal, acompañando al Obispo y a la Comunidad eclesial como signo y expresión viva de comunión.

A los familiares y amigos de los ordenandos.

Y a todos vosotros, hermanas y hermanos míos que, a causa de los protocolos de las autoridades sanitarias debemos observar con fidelidad una serie de normas que afectan a esta asamblea litúrgica y a nuestra manera de estar presentes; soy consciente de que tan sólo constituís una parte de toda esta gran familia que es la Iglesia Diocesana que desearía estar también con nosotros asistiendo a esta gozosa y emotiva celebración. Su sacrificio se convertirá en una ayuda extraordinaria de gracias operativas para los ordenandos y para el Seminario.

Mis queridos Adrián y Fran:

Vuestra ordenación sacerdotal, don de Dios a esta Iglesia, que se hace efectivo a través de vuestra disponibilidad y entrega, hemos tenido que aplazarlo hasta este momento. De todas las fechas que me habéis propuesto he escogido este día, de nuestro caluroso verano, no sólo por ser el Día del Señor, cuya importancia para la vida de los hijos de la Iglesia, debemos comprometernos a revalorizar; sino también porque hoy celebramos la fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles, y a ella quisiera encomendar vuestro las primicias de vuestro ministerio, y una vez más a todo el Presbiterio Diocesano, de manera especial a los que están enfermos o se encuentran viviendo alguna circunstancia especial, al Seminario, a las vocaciones sacerdotales, y también a mí mismo, porque son muchas las tareas que se me han encomendado y pocas son mis fuerzas para llevarlas adelante. Imposible hacerlo sin la ayuda del Espíritu y sin la certeza de contar siempre con la tierna presencia de la Santa María Madre, y con la colaboración del Presbiterio.

Mis queridos ordenandos:

Alguien ha dicho que vivir es hacer algo que merezca la pena con la propia vida, algo positivo y de acuerdo con las posibilidades que tiene cada uno, sin olvidarnos de vuestro punto de partida, que es vuestra historia personal con sus luces y sombras, pero en la que no falta una gran ilusión. Os ruego que “mañana”, no me refiero al día 3 de agosto, sino a ese misterioso día que se encuentra situado en vuestro futuro inmediato, quizás sea ese momento de vuestra vida en la que el Obispo o su Vicario os encomienden el ejercicio de un ministerio al servicio de la Iglesia y, por lo que fuese, os resulta doloroso aceptarlo porque podéis pensar que

no os lo merecéis o que se han equivocado con vosotros; os ruego que, entonces, os acordéis de lo que estamos haciendo y, en vuestro caso, viviendo con toda la intensidad que puede el corazón humano. Esto os dará mucha luz para vivir la disponibilidad, la entrega y el servicio a la Iglesia y al bien de tantos hombres y mujeres que os esperan, ya sea en una de las parroquias más pequeñas de nuestra Diócesis, en las villas, o en la misma ciudad.

Para que vuestra existencia sacerdotal sea bien vivida y haga de vosotros unos sacerdotes fieles y felices, os ruego que pongáis vuestro amor joven y vuestra ilusión en el ejercicio del ministerio que se os encomiende; y no olvidéis las palabras de la profecía de Isaías que acaban de ser proclamadas: *Escuchad atentos (...) Inclínad vuestro oído, venid a mí: escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros una alianza perpetua* (Is 53, 1-3). ¡Una alianza de amor!

En nuestra Iglesia, en palabras del papa Francisco: sobran *profetas de calamidades* (EG 84). No sirven aquellos que aprovechan toda ocasión para dar lecciones a todos y, como dice el Papa, llenos de vanidad propia están hablando de *lo que habría que hacer* - el habría queísmo - como si fuesen los maestros espirituales y sabios pastorales que señalan desde fuera lo que hay que hacer como una réplica constante a aquellos que tienen el ministerio del gobierno pastoral (EG 96). No convirtáis vuestro sacerdocio en un funcionariado de aduanas (EG 47). Habéis nacido para algo distinto y se espera de vosotros que nos ofrezcáis un rostro distinto del sacerdocio en la Iglesia

Estáis llamados a ser sacerdotes testigos-misioneros, por ello os exhorto a que luchéis con todas vuestras fuerzas a no dejaros metalizar el corazón con las ansias de poder y de dinero, la pobreza evangélica es una virtud esencial del apóstol moderno que le hace un ministro auténtico; es decir, un servidor de los hermanos, siempre disponible, sin moverse por los interés de *haber y debe*. Os aseguro, mis queridos Adrián y Fran, y también os lo digo a vosotros mis hermanos en el sacerdocio, que si vivimos con radicalidad el desprendimiento de las cosas, de los posibles lazos afectivos con personas particulares, o con grupos reducidos - *que tarde o temprano se nos pueden convertir en una pesada hipoteca personal y pastoral que nos impedirá ser libres para estar abiertos a todas las necesidades de la Iglesia* -, buscando siempre la comunión con el Obispo, con sus Vicarios, en definitiva con el Presbiterio Diocesano, seréis felices. Vivid los encargos ministeriales como un don de Dios y, al mismo tiempo con un auténtico espíritu de servicio y de disponibilidad, os ruego que luchéis contra esa mentalidad benefical o funcional, no os hagáis a la idea de estar toda vuestra vida sacerdotal en el mismo lugar, pensad en el bien Pueblo de Dios que a veces se harta de nosotros, aunque nos aplaudan y adulen por delante, pensad también en vuestro bien, porque la disponibilidad nos hace siempre más libres, más dinámicos, más fieles al querer de Dios y disponibles al servicio del Santo Pueblo de Dios. No tengáis conciencia

de que Dios *juega a los dados* en la mesa del Obispo a la hora de encomendaros una tarea ministerial; sería doloroso para vosotros y para mí que ante un posible encargo pastoral que se os pidiera, os sintierais *más arrojados que enviados*. No os olvidéis nunca de que el que siente en su corazón que es enviado, lleva gravada en su existencia la certeza de que el Señor le dice constantemente: *No temas, Yo estaré siempre contigo*. O como nos recuerda el texto de Pablo a los Romanos: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?; ¿la tribulación?; ¿la angustia?; ¿la persecución?; ¿el hambre?;... ¡un destino que no esperamos!, ¡un traslado que nos disgusta! (...)* Pero en todo esto *vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado* (Rom 8,35. 37-39)

Ahora bien, el que se sienta *arrojado, y no enviado*, se sitúa dentro de tácticas no evangélicas que muy bien podrían resumirse en lo que un literato de nuestra tierra dejó plasmado en aquel proverbio: *El que resiste, gana*. Esta es una consigna voluntarista que puede seros útil si queremos reducir nuestra vida a simples funcionarios de lo sacro, pero es inservible para llevar a cabo una *Iglesia en salida, abierta* a las necesidades de nuestras gentes porque *la Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio* (EG 114).

Vivimos en una sociedad en la que se ha entronizado el *aquí* y el *ahora*; es decir la cultura del instante, o si queréis, la idolatría de la inmediatez. Parece que estamos viviendo un culto polimórfico a la fugacidad de la vida. Se subraya lo urgente frente a lo que puede y debe esperar, lo cercano frente a lo lejano (EG 62). Corremos el riesgo de olvidarnos de “lo esencial”. El sacerdote vive en medio de esta sociedad y debe luchar para no caer en la tentación de la inmediatez. Qué sería de Juan María Vianney, de Juan de Ávila, o de Pedro Poveda si se dejasen llevar de este criterio. Hubiesen pasado sin pena ni gloria por la historia de esta humanidad que busca un sentido para su vida y hoy, seguro, no celebraríamos ni sus memorias, ni su martirio.

Amigos míos: tenemos la clave para no sucumbir, especialmente vosotros los jóvenes, ante este proyecto que nos envuelve por todas partes. Es fundamental que cuidemos nuestra vida sacerdotal: oración personal y litúrgica; lectio cotidiana de la Palabra de Dios; encuentros con los demás sacerdotes en el Arciprestazgo, los retiros mensuales y los Ejercicios anuales, debemos prestar atención a los sacramentos en nuestra vida, no os olvidéis, que si nosotros no nos confesamos con frecuencia tampoco estaremos ilusionados con prestar este servicio a nuestros hermanos y hermanas que sé que lo buscan; y tampoco debemos dejar nuestro acompañamiento espiritual, como si sólo fuese una tarea a cumplir durante el periodo formativo del Seminario. Si obramos así, y somos constantes en esta dinámica de la santidad, seremos capaces de conseguir una visión larga de nuestra propia biografía, y tendremos una mirada de trascendencia, una perspectiva y un horizonte sobrenatural; en definitiva, seremos esos testigos-misioneros vacuna-

dos contra el cansancio, el stress, las decepciones, el voluntarismo frustrante, los achaques de salud, las tentaciones de amor propio - amor autorreferencial - las crisis existenciales que pueden llegar a oscurecer la perspectiva del amor que el Señor alumbró en vosotros tal día como hoy.

Por último, y no por eso menos importante, os ruego que os esforcéis por hacer de la Iglesia una *institución creíble* - como nos recuerda el papa Francisco - ante la opinión pública a través de los gestos coherentes de vuestra vida sacerdotal, *confiable* en lo que respecta al ámbito de la solidaridad y a la preocupación por potenciar la presencia de Cáritas allí donde os encontréis, así como una apertura a los más vulnerables y necesitados, en lo que hoy hay que incluir a los ancianos, a los niños y a los jóvenes. Sed hombres que solucionan problemas, no os convertáis en agentes de crítica destructiva y de tensiones innecesarias que destrozan la vida fraterna en el Presbiterio Diocesano. Sed hombres de paz y constructores de esa civilización del amor a la que nos invita la Iglesia convirtiendo vuestra vida en auténticos heraldos del Evangelio de Jesucristo.

Que Santa María Madre, Reina de los Ángeles, se convierta para vosotros en luz y guía de vuestro sacerdocio. Amén.

Fiesta de Santa Clara

Monasterio de Madres Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés, 11 de agosto de 2020

Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (Jn 13, 9-10).

Mis queridos hermanos en el sacerdocio.

Rvdma. Madre Abadesa y querida Comunidad de Monjas Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés.

Hermanos y hermanas en el Señor.

Celebrar la solemnidad litúrgica de Santa Clara en este monasterio es una ocasión propicia para dar gracias al Señor por los innumerables beneficios que hemos recibido de su gran bondad. Primero porque gracias a esta fiesta podemos vivir una experiencia de comunión con esta familia monástica a la que estamos unidos por vínculos espirituales y fraternales y, al mismo tiempo, porque tenemos la fortuna de encontrarnos para participar juntos en la Eucaristía que es y significa la unión íntima con Jesucristo y, gracias a ella se potencia y dinamiza el misterio de la comunión de la Iglesia, que se hace gesto elocuente en esta concelebración, en la participación activa de todos los que, no solo nos encontramos aquí reunidos físicamente, sino también en aquellos que han pasado a la eternidad, porque la Eucaristía es, también, una anticipación de la gloria celestial, ya que por medio de ella *nos unimos ya a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos* (1 Co 15,18).

Una expresión de esa *gloria de Dios* la encontramos en sus santos, que constituyen el rostro más hermoso de la Iglesia, una presencia del cielo en la tierra, de la eternidad en el tiempo, esto lo podemos descubrir como ejemplo en esta virgen fundadora que es Santa Clara.

Una mujer que distante de nosotros en el tiempo, que nace en 1193, en el seno de la familia acomodada, la de Favarone y Hortolana ¿qué nos puede decir hoy a los que estamos aquí? ¡Mucho! porque *el amor es más fuerte que la muerte* (Cant 8,6-7) y ella, con su vida, y sobre todo con la entrega a su gran amor, el Eterno Viviente, Nuestro Señor Jesucristo, sigue siendo perennemente actual. Su amor ha traspasado las fronteras del tiempo y penetrando en la gloria de Dios se hace presente en la vida de los hombres y mujeres de todos los tiempos. La vida de vuestra Santa Madre Fundadora ha sido una existencia que sólo es comprensible desde su respuesta al Amor. Permitidme tan solo unas pinceladas de su biografía que, seguro, conocéis muy bien. Con solo diecisiete años, en 1210, nos dicen las crónicas de su tiempo, que asistió a una especie de charlas cuaresmales que predicó san Francisco en Asís; aquellas palabras *le hablaron al corazón* - como

dice la profecía de Oseas que acabamos de proclamar - y *en lo más íntimo de su propia intimidad* se desposó en fidelidad y justicia con su Señor, y lo hizo para siempre.

Desde el primer momento fue consciente de que ese tesoro - el tesoro del amor de Dios - lo llevaba en la pobreza de una vasija de barro, y fue descubriendo que cada día que esa fuerza extraordinaria y ese dinamismo que brotaban de ese amor de Dios, no provenía de ella misma sino que era puro don, pero tenía que custodiarlo, por eso en aquel Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, año de 1212, marcha del hogar paterno, se aparta de las comodidades y de las riquezas de su ilustre linaje, lo deja todo, y se convierte en Dama de la Santa Pobreza.

Hermanas y hermanos míos ¡cuántas lecciones nos han dado, y siguen dando, los santos con los gestos significativos que acreditaron su existencia de verdaderos creyentes en el Amor, de ese amor que nos primerea siempre, que toma la iniciativa en nuestro querer y actuar, y que lo hace, como todavía recordamos, a través del *susurro de una brisa suave* (1 Re 19, 12); lo hace sin violencia, sin coartar la libertad de nadie, basta tan solo que sepamos abrir esa vida nuestra a esa energía vital y transformadora que es el Amor de Dios que con la fuerza del Espíritu quiere hacer morada en nosotros *para dar fruto*, como el sarmiento que está unido a la vid. ¡Cuántos jóvenes, y menos jóvenes, en la época de Francisco y Clara de Asís pudieron contemplar con sus propios ojos la belleza de tanta generosidad y entrega! La gran mayoría siguió caminando a su ritmo, desentendidos del querer de Dios que se hacía patente con tanta fuerza en aquel grupo de frágiles criaturas que se convirtieron en una bocanada de aire fresco en medio del pasotismo del ambiente, de la frivolidad y de tanta inercia estructural, también entre los eclesiásticos y los monjes de la época. Algo similar puede estar sucediéndonos hoy en medio de esta sociedad que, como aletargada por los medios de comunicación, y la fuerte ideologización de los grupos dominantes estamos asistiendo a un proceso en el parece que nos están quitando la tierra que pisamos y no nos damos cuenta. Pensemos, por un momento en todo lo que está aconteciendo en torno a esta pandemia que todavía no se ha ido; es más, sigue presente - ya son millones en el mundo los que han muerto a causa del Covid-19- ¡y la grave situación económica que ya está entre nosotros y algunos no son capaces de reconocerla! Podemos seguir instalados en nuestro mundo, incluso en nuestras inercias pastorales, pero el dedo de Dios está apuntando en otra dirección. ¡Como en los tiempos de Santa Clara!

Santa Clara estaba convencida - y no nos olvidemos que era una joven de su época - de que *en la medida en que se ama algo temporal, se pierde el fruto de ese amor*. Ojalá hiciéramos nuestra esta experiencia y nos planteásemos nuestra vida de una manera más radical, más entregada; es decir, situásemos nuestra vida de consagrados - la consagración radical es aquella que brota del bautismo - en la

perspectiva de la auténtica conversión. Como cristianos no podemos cruzarnos de brazos y esperar que pasen las circunstancias adversas y vengan tiempos mejores; no nos olvidemos de esa realidad que me gusta repetir con frecuencia, es un pensamiento de aquel gran eclesiástico del siglo II que fue san Ireneo, un intelectual que habiendo nacido en oriente termina siendo obispo en la Galias. ¡Qué bien se bien se expresa en este ejemplo la catolicidad de la Iglesia! Y esto no es algo que haya podido acontecer en siglos pasados de nuestra historia, lo podemos vivir también hoy, recordemos las palabras recientes del papa Francisco sobre los migrantes en medio de nosotros. Es verdad que este pensamiento habría que matizarlo y no es este el momento para hacerlo.

San Ireneo, al igual que mucho más tarde, Francisco, Clara, Maximiliano M^a Kolbe, Edith Stein, Madre Teresa de Calcuta, los santos - los mejores hijos de la Iglesia, se dejaron penetrar por el *susurro de esa brisa suave*, se dejaron penetrar del Señor - como nos recuerda Oseas - y descubrieron que *la gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del hombre es la visión de Dios* (Adversus Haereses, IV, 20). "*Gloria Dei, vivens homo*". Sí, hermanas y hermanos míos: La Gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del hombre es la visión de Dios; de ahí que las palabras del apóstol Pablo que se han proclamado en esta liturgia de la solemnidad de la Santa Madre Clara de Asís, se convierten para vosotros y para mí en un programa de vida: *Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, más no aplastados; apurados, más no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, más no aniquilados, llevando siempre y en todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo (...) la leve tribulación presente nos proporciona una inmensa e incalculable carga de gloria* (2 Cor 4, 7-10; 17-18); y esa gloria, de modo anticipada se nos manifiesta y refleja en el rostro de Cristo, el Crucificado-Resucitado, y un eco de este Cristo lo encontramos en la vida y en las obras de los santos.

Quisiera finalizar mis palabras con la bendición que Santa Clara ofrece a sus hermanas y que, seguro, nos puede servir a cada uno de nosotros: *Os bendigo en mi vida y después de mi muerte, en cuanto puedo y más aún de lo que puedo, con todas las bendiciones que con que el Padre de las misericordias bendijo a sus hijos e hijas y los bendecirá en el cielo y en la tierra. El Señor esté siempre con vosotros y vosotros estéis siempre con Él.* Este también es mi deseo, queridos hermanos y hermanas, y os ruego que, por caridad, hagáis lo mismo conmigo.

Que así sea.

Funeral por Mons. Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo Emérito de Astorga

Parroquia de San Mamed da Canda -Lugar de Cotelas-, 14 de agosto de 2020

Rom 8, 31b-35.37-39

Mt 5, 1-12^a

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Señores Alcaldes de Piñor, Cea y Villamarín.

Sr. Secretario de la Subdelegación do Gobierno en Ourense.

Hermanas y hermanos míos en el Señor:

En primer lugar quisiera hacerles llegar, una vez más, a los hermanos y demás familiares de Mons. Camilo Lorenzo Iglesias, obispo que fue de Astorga, mis sentimientos de pesar por el tránsito a la eternidad de este buen pastor que ha sido D. Camilo, y no son sólo míos sino también los de este Presbiterio Diocesano de Ourense en el que Mons. Lorenzo Iglesias nació y vivió su ministerio sacerdotal hasta que la divina provincia le llamó a prestar un servicio eclesial a la Diócesis hermana de Astorga.

En esta mañana nos hemos reunido en este lugar de Cotelas - dentro del concello de Piñor -, que ofrecido por los vecinos hoy se convierte en un templo muy singular; el cielo de esta tierra es la bóveda que nos cubre y, al mismo tiempo nos habla de esa dimensión de infinitud y de eternidad tan propio del espíritu humano que siempre está luchando y esforzándose por ir más allá, porque ¡nuestro corazón - nuestra vida- no tiene fronteras!; por otra parte, las paredes que configuran las naves de este templo son las casas en donde transcurre la vida cotidiana de los vecinos, muy cerca de aquí está el lugar de la escuela en donde estudió D. Camilo hasta que se fue al Seminario; en el horizonte nos encontramos con la naturaleza que da a este lugar una prestancia muy especial. Este lugar lo habéis convertido en una catedral lleno de una serie de resonancias que nos hacen más próximo, si cabe a nuestro hermano D. Camilo, y en este templo tan especial hemos escuchado una de las páginas más hermosas de la literatura religiosa de todos los tiempos, y, sin ninguna duda, uno de los capítulos más especiales y emblemáticos del Evangelio. Precisamente aquí se nos ha proclamado las Bienaventuranzas, quizás por primera vez en la historia de este lugar.

Cuantas más veces las escuchamos, tantas más se convierten en un mensaje lleno de una profunda novedad y, al mismo tiempo, constituyen un reclamo que quiere transformar nuestra vida, como en su día quedó transfigurada la vida de un hombre, vecino de esta tierra, que respondiendo a la llamada de Jesucristo le siguió, primero en el ministerio sacerdotal y, después, al ser elegido sucesor de los Apóstoles, ejerciendo el ministerio episcopal, a lo largo de veinte años, al frente de la antigua iglesia asturicense.

Hemos escuchado, una vez más, y con emoción: *Bienaventurados los pobres... los sufridos... los que lloran... los que tienen hambre y sed de la justicia... los misericordiosos... los limpios de corazón... los que trabajan por la paz... los perseguidos por causa de la justicia... Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo (Mt 5, 1-12).*

Os recomiendo, sobre todo a los que habéis conocido y tratado a D. Camilo, de manera especial a lo largo de los **veintinueve años** en los que ejerció su ministerio sacerdotal en esta Diócesis; os ruego que os esforcéis por contemplar en la vida de nuestro hermano cada una de estas bienaventuranzas; me vais a permitir que os manifieste mis sentimientos, sin ninguna duda yo creo que hay una de estas bienaventuranzas en la que se puede reflejar muy bien la vida y el ejercicio de su ministerio, de este buen pastor: *Bienaventurados los que trabajan por la paz porque ellos se llamarán Hijos de Dios.*

He tenido la suerte de conocerle y tratarle muy de cerca desde mi llegada a Ourense, me consideraba su obispo por sentirse él muy de Ourense; esta humilde actitud, además de edificarme, me ayudaba a abrirle el corazón para que me orientase en los primeros momentos de mi singladura como pastor de esta Iglesia particular. El conocía muy bien al clero, había sido formador, profesor, rector y compañero de gran parte de los sacerdotes de nuestra querida Diócesis, había sido aquí miembro del Consejo Presbiteral y del Colegio de Consultores. Era un hombre constructor de paz, pero no era una paz cualquiera, como la de los cementerios, sino que su paz brotaba de un corazón abierto al querer de Dios que se le hacía patente a través de la contemplación de la Palabra del Señor y le impelía a contemplar el rostro de Dios en los hermanos, de manera especial en el de los necesitados, pensando en ellos impulsó una serie de obras de beneficencia y solidaridad. Sintió muy de cerca las necesidades de los sacerdotes y, de manera especial, se preocupó de la formación permanente y espiritual del clero, sabiendo que de ella dependía toda la labor eclesial. Ese fue, digámoslo de algún modo, su carisma particular hasta que apareció la enfermedad. En la familia, como seminarista, en la universidad compostelana, en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima, en los Equipos de Nuestra Señora, en los dos Seminarios, Mayor y Menor, en donde el mismo manifestó que había sido muy feliz, y, sobre todo, a lo largo de sus veinte años como obispo de Astorga ¡Cuántos conflictos y enfrentamientos fueron solucionados con solo su presencia!

Bienaventurados los que trabajan por la paz... En esta Eucaristía no sólo nos hemos reunido para rezar por el eterno descanso de D. Camilo, a cuyo funeral de entierro en la hermosa catedral de Astorga, muchos de vosotros no habéis podido asistir por motivo de las normas protocolarias establecidas por las autoridades sanitarias para evitar la propagación de esta pandemia, de ahí que hoy nos

encontramos aquí, no sólo para rezar por él, sino que también pedimos los unos por los otros y, lo que es más importante, es una ocasión propicia para dejar que nuestra existencia se abra al testimonio de este buen pastor, y como agente de paz a lo largo de su ministerio sacerdotal y episcopal, se convierta en un reclamo para todos nosotros, de tal manera que con la fuerza de la Palabra de Dios y con la energía que brota del sacramento eucarístico, nos convirtamos en constructores de esa paz en medio de nuestra sociedad, una paz que nuestro mundo hoy tanto necesita: paz en los hogares, en medio del entramado social en el transcurre nuestro vivir cotidiano, entre los agentes sociales, los que nos gobiernan, los que forman a los niños y jóvenes. Apostemos por ser constructores de paz como nos pedía el santo Papa Juan XXIII.

Estamos viviendo momentos difícil en todos los ámbitos del quehacer humano, tanto familiar, como social, eclesial, político y económico. El Covid-19 nos está dejando muy tocados. Se están cambiando formas de actuar y de ser que no sabemos si volverán a vivirse como antes. Ante esta situación queremos dejar que se sienta con fuerza la proclamación de la carta de san Pablo a los fieles de la Iglesia de Roma y que nos ha ofrecido la liturgia que estamos celebrando, ¡es una Palabra dirigida a cada uno de nosotros!

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? (...) Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado (Rom 8, 31b-35.37-39).

A esta lista que nos presenta el Apóstol podemos añadir ¡el Covid-19! Sólo venceremos si dejamos llenar nuestras existencias del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor Nuestro; porque sólo Él nos puede *primerear* en el amor, sólo Él ha tenido y sigue teniendo la iniciativa en nuestra vida que con la fuerza del Espíritu puede hacer nuevas todas las cosas. Sin embargo, no podemos olvidar que no basta con cruzarnos de brazos y esperar a que el mismo Dios o los otros solucionen los males y las dificultades que encontramos en el camino de la vida. Esos cielos nuevos y esa tierra nueva a los que nos dirigimos como peregrinos de la fe, fascinados por el amor misericordioso de Dios, nos lleva a luchar de tal modo que vivamos nuestra existencia creyente comprometiéndonos con la causa del Reino de Dios. En este sentido, qué aleccionador es poder repasar los hitos más destacados del pontificado de Mons. Camilo Lorenzo en la Diócesis de Astorga, que con ocasión de sus veinte años al frente de la iglesia asturicense y de la que ha sido publicada una hermosa monografía. Ha sido un signo de la ternura de Dios precisamente porque era consciente de que contando con la ayuda del amor de Dios se necesitaba muy poco para vivir: las personas que le acompañaron en su ministerio pastoral afirman que su tenor de vida fue siempre la de un hombre sencillo y humilde, en la profunda atención con que escuchaba a

sus interlocutores, en la facilidad que tenía para pasar desapercibido, en la sonrisa que nunca faltaba e su rostro.

Bajo la mirada de la Virgen de la Majestad, en una de las capillas del ábside de la catedral de Astorga reposan sus restos mortales. Con la antigua oración de la piedad cristiana dirigida a Santa María quisiera finalizar esta reflexión: Acuérdate, Virgen María, cuando estés cerca de Nuestro Señor de decirle cosas buenas a Dios de D. Camilo, padre y pastor de su pueblo. Y que se acuerde también de esta Iglesia ourensana a la que tanto amó Mons. Lorenzo Iglesias y de la que siempre se sintió como uno de nosotros.

¡Que sus obras le acompañen! Salid a su encuentro santos del Señor. Salid en su ayuda ángeles del Señor, recibidle y presentadle ante el Dios de la misericordia.

Domingo XX del T.O., Fiesta de S. Roque

Santa Iglesia Catedral de San Martín, 16 de agosto de 2020

Sres. Capitulares.

Saludo a las autoridades; hermanas y hermanos; fieles devotos de San Roque:

En este día del Señor, Domingo del T.O. celebramos en esta Catedral la Fiesta de San Roque, día señalado, desde hace siglos, en el que la ciudad, cálida, noble y generosa de As Burgas y del Santo Cristo realiza y renueva el secular "Voto a San Roque" por medio de nuestras autoridades municipales, pidiendo por la *ciudad y sus ciudadanos*.

En todas las catedrales gallegas, en sus grandes templos monásticos, en las parroquias, santuarios y ermitas siempre nos encontramos con esa imagen de un joven peregrino (indumentaria de un peregrino) con un perrillo a sus pies, enseñando en una de sus piernas unas llagas... ¡Es la imagen de San Roque!

Ha sido invocado como protector de ciudades, villas y pueblos contra el *azote de la peste*. Con esta palabra se designa esa enfermedad contagiosa, provocada por una serie de causas y que en diferentes momentos de nuestra historia ha diezmando la población. Una de las más famosas ha sido la del siglo XIV (1347); se llegó a perder el 25% de la población europea.

En el siglo XVI fue endémica en toda Europa y, en ese siglo, hubo peste intermitente en Galicia. Dicen las crónicas que los miembros de la Real Audiencia de A Coruña escaparon en 1569 y se refugiaron en Ourense ciudad más sana: (termas, Miño, etc).

Va a ser, en este siglo, en donde la mayor parte de la ciudad haga votos a los santos, en especial, san Roque, san Lázaro y san Sebastián. Soy consciente de que mis palabras pueden ser mal interpretadas por algunos. Sin embargo, con ocasión de la memoria del voto a San Roque -más simbólico que afectivo y real- quisiera hacerme esta pregunta: ¿qué nos puede decir a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, que vivimos en la época de la telemática y que somos ciudadanos de este mundo digital, un hombre joven, que vivió y murió en el siglo XIV, él mismo a consecuencia de la ingratitud humana, después de superar la peste?

Los Santos, para los hijos de la Iglesia, son el rostro más hermoso de Dios, de un Dios que se hace presente entre nosotros. Con su vida, la existencia de Jesucristo se hizo viva y eficaz en distintos momentos de la historia humana, de manera especial en las circunstancias críticas.

¿Por qué está presente el recuerdo de san Roque? Porque cuando brota la pandemia se pone a cuidar a los enfermos, poniendo en práctica los conocimientos médicos que había obtenido en la facultad de medicina de su villa natal.

A él, el pueblo con fe, acompañado por sus autoridades y los sacerdotes, en

momentos de dificultades graves, cuando humanamente no se encontraban las soluciones adecuadas, volvieron sus ojos y sus manos suplicantes hacia los santos, poderosos intercesores.

En una sociedad como la nuestra, en donde la filosofía del progreso ha calado en todos los estratos de la población, en la cual un progreso técnico que gracias a la inteligencia humana y a los medios técnicos disponibles, de manera especial en el ámbito sanitario y socioambiental, ha hecho desaparecer muchas de las enfermedades de antes, se nos manifiesta la figura de este joven peregrino de la fe en Jesucristo como modelo a imitar.

La oración colecta de la misa de este Domingo nos puede servir para concretar nuestros propósitos. Hemos dicho:

“Oh, Dios que has preparado bienes invisibles para los que te aman, infunde la ternura de tu amor en nuestros corazones -como lo has hecho con el joven san Roque-, para que amándote *en todo y sobre todas las cosas*, consigamos alcanzar tus promesas, que superan todo deseo.”

Como aquella mujer de la que nos habla el Evangelio de san MT:15,21, supliquémosle al Señor:

¡Ten compasión de nosotros, Señor!

¡Señor ayúdanos!

Le pedimos ayuda, sobre todo, ante el azote de esas “pestes” modernas, la pandemia que nos está afectando, otros virus que nos visitan procedentes de otras latitudes y que parece que quieren quedarse, la plaga de los suicidios -especialmente en la gente joven-, los incendios que arrasan la belleza y la vida de nuestro ecosistema, la violencia en el seno del hogar, el azote de una crisis económica cuyas consecuencias hoy son impredecibles...

Al igual que los santos -como san Roque-, la actitud cristiana no consiste en juntar las manos, cruzarse de brazos y mirar al cielo, en espera que de ahí vengan las soluciones, no es esa la actitud correcta de un cristiano. Todos debemos comprometernos, colaborando y apoyando a las autoridades y sus normas justas además para construir un mundo más pacífico y armónico. Más convencido de que necesitamos aunar fuerzas, independientemente de ideologías, credos políticos o de actitudes religiosas. No nos olvidemos nunca que todo lo que hagamos para lograr el bien del ser humano es siempre para gloria de Dios, porque “la gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del Hombre es la visión de Dios”.

“Gloria Dei, vivens homo”.

Recibid a Santa María Madre y a San Roque.

Misa de Acción de Gracias por la presencia en el Asilo de Carballiño de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados

Iglesia de la Vera Cruz de O Carballiño, 19 de agosto de 2020

Col 3, 12-17

Sal 144, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 10-1

Mt 25, 31-46

Sr. Vicario General de la Diócesis de Ourense.

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Sr. Alcalde y demás miembros de la Corporación Municipal de O Carballiño.

Rvdma. Madre María Jesús Carbajo. Provincial de la Hermanitas de los Ancianos Desamparados.

Saludo con cordial afecto a la Madre M^a Teresa Iglesia López y a las queridas Hermanitas de esta Comunidad de O Carballiño.

Agradezco que a través de la Tv local de O Carballiño sea retransmitido este acto y aprovecho para saludar a todos los que nos sigue a través de este medio.

Hermanas y hermanos en el Señor.

Queridos amigos todos:

Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados.

Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él (Col 3,12-17).

Con estas palabras del apóstol san Pablo, que hace un momento han resonando en este templo de la Vera Cruz, quisiera iniciar mi reflexión de acción de gracias en este día.

En Agosto del año pasado, 2019, de parte de la Madre General de las Hermanitas con sede en Valencia me comunicaron que iban a dejar la Casa de O Carballiño, *debido a la falta de vocaciones y del personal religioso necesario*, así como por *la edad avanzada de un buen número de Hermanas*, no sólo en O Carballiño, sino también en otras Casas regentadas por las Hermanitas. Aquella noticia me causó un gran dolor porque cada vez que a un Obispo le comunican el cierre de una Casa Religiosa se pierde una presencia de Evangelio y de gracia en medio de nuestra sociedad.

Hermana M^a Teresa: desde aquel momento hemos pasado unos meses de tribulación y de lucha espiritual aceptando la voluntad de Dios que se hace presente a través de la determinación de los superiores. Hemos trabajado en silencio y sin hacer ruido, con toda prudencia y reserva realizando las gestiones necesarias para que esa determinación pudiera tener otro camino. Sé de su dolor y el de muchas de las Hermanitas, tanto de las que en este momento forman parte de su Comu-

nidad como de aquellas que han pasado por esta Casa-Asilo a lo largo de su ya centenaria historia. El pasado 22 de febrero, el Capítulo General de las Hermanitas ratificó el acuerdo según el cual las Hermanitas de esta Comunidad deben abandonar O Carballiño. Desde aquel momento la determinación estaba clara, sin embargo la presencia de la pandemia y el confinamiento hizo que se ralentizase un poco este proceso y gracias a la generosidad de Vuestra Madre General se aplazó hasta este mes de agosto, concediéndonos el tiempo oportuno para tratar de buscar a otra Congregación Religiosa que pudiera sustituir a las Hermanitas, tarea nada fácil; sin embargo, con la ayuda del Cielo, en las últimas semanas hemos podido establecer un convenio con las Siervas de Jesús de la Caridad, que en los próximos días vendrá para el Asilo de la Fundación Hermanos Prieto.

Mis queridas Hermanitas: durante estos últimos meses tanto Vds. como el Obispo, han tenido que experimentar juntos la tribulación de los buenos, - es decir, la de las personas cercanas - escuchando con dolor y sufriendo con silencio, todo aquello que tan certeramente ha sido diagnosticado por el papa Francisco - estas son sus palabras - *la crítica, con frecuencia la calumnia, los chismes, la maledicencia, son plagas en la Iglesia y pueden destruir a las personas*. Sin embargo, en medio de esta realidad habéis vivido aquella máxima evangélica procurando anegar el mal en abundancia de bien y cubriéndolo con vuestra vida orante. Gracias a Dios, nunca habéis buscado el aplauso, ni el reconocimiento de nadie; lo genuinamente vuestro ha sido siempre *rezar, trabajar y, en medio de dolores y lágrimas, sonreír y desaparecer, buscando qué solo el Buen Jesús se luzca*, a través de vuestra vida entregada, como os lo diría vuestra santa Madre Fundadora.

Este acto de justicia que estamos celebrando y que no queráis porque no forma parte de vuestro estilo de vida religiosa, lo habéis aceptado para no contrariar el deseo de muchas personas e instituciones que os quieren de verdad y valoran mucho vuestro trabajo que, gracias a Dios, sigue presente en la Residencias de San José de Rairo y en el Hogar Santa María de Verín. Tenemos que seguir dando gracias al Señor porque no todas las Diócesis en nuestro país cuenta con casas similares dirigidas por las Hermanitas, y nosotros hemos tenido hasta ahora tres. Estamos obligados más que nadie a rogar por Vds, y de manera especial pedir por las vocaciones de futuras Hermanitas ya que este es el motivo fundamental por el cual tienen que suprimir esta Comunidad. Es necesario decirlo alto y claro. Hace muchos años que no surge una vocación de Hermanita de los Ancianos en esta villa de O Carballiño, ni en su entorno, tampoco tenemos ninguna vocación para la vida consagrada en toda la Diócesis; la única postulante que tenemos en la actualidad en una familia religiosa que trabaja en esta Iglesia particular, proviene de la zona pastoral de Astorga. Nos duele la marcha de las Hermanitas pero también tienen que dolernos que, tal como nos dice la Madre General, las vocaciones en España son escasas y no son suficientes para atender tantas casas.

Hermanos y hermanas mías: A veces echamos en falta la atención que nos prestan las monjas y religiosas, o podemos protestar cuando no disponemos de un cura que nos atienda como antes, pero no podemos olvidar que tanto las monjas como los sacerdotes salen del pueblo, de un pueblo creyente y con valores cristianos y, cuando éstos desaparecen o no se valoran, no podemos lamentarnos cuando perdemos la presencia y la atención religiosa. Luchemos todos juntos por construir esa civilización de paz y de amor de la que nos habla tantas veces el papa Francisco; potenciemos y apoyemos matrimonios creyentes y familias estables y, además de conseguir buenos ciudadanos, seguro que el Señor nos bendecirá con abundantes vocaciones.

Con dolor tengo que decirles, mis queridas Hermanitas, que la providencia de Dios escribe su historia y queda reflejada en medio de luces y sombras, sin ahorrarse dificultades y dolores. Fue precisamente el 18 de agosto de 1901 - se cumplieron justo ayer 118 años - cuando un grupo de Hermanitas de los Ancianos Desamparados, - todavía vivía en esta tierra el Venerable D. Saturnino López Novoa, vuestro fundador -, cuando aquel grupo de religiosas jóvenes e ilusionadas, asumieron la gestión y dirección del Asilo de O Carballiño, pasaron calamidades y estrecheces, cultivaron ellas mismas la huerta, salieron por las calles de la villa y de las aldeas vecinas a pedir limosna para sacar adelante el Asilo y que no les faltase nada a los ancianos, todavía no se había constituido la Fundación. A lo largo de más de un siglo habéis plasmado el carisma esculpido por Dios Nuestro Señor en el corazón de aquella gran mujer que fue Santa Teresa de Jesús Journet e Ibars, vuestra Santa Madre fundadora, que fue proclamada por san Pablo VI, Patrona de la Ancianidad. Con su vida y con la vuestra hicisteis realidad aquellas palabras que han sido proclamadas en el Evangelio de hoy: *Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis* (Mt 25, 31-46). Esta puede ser la síntesis de vuestra vida consagrada en la Iglesia al servicio de los necesitados y de los más vulnerables.

Quisiera deciros muchas más cosas, pero para no alargarme más, es necesario concluir estas palabras. Quisiera que volvierais la mirada a esa hermosa imagen que de Nuestra Señora de los Desamparados, que nos preside desde el retablo de la capilla del Asilo; a Ella le ruego que os colme de sus bienes y que transforme vuestra tripulación y dolores actuales en cauce de gracias operativas que os enriquezcan como elegidas de Dios, santas y amadas, y os vista de misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura y comprensión; que Santa María Madre os muestre el rostro de Jesús, fruto bendito de su vientre inmaculado, al que os habéis entregado en el día de vuestra consagración y os haga fieles.

Que así sea.

Festividade de San Cibrao, patrono de O Carballiño
Homenaxe de despedida ao Rvdo. D. José Benito Sieiro González,
párroco emérito

Iglesia de la Veracruz de O Carballiño, 17 de septiembre de 2020

Señores Vicarios para a Pastoral e para a Nova Evanxelización do Bispado de Ourense. Meus benqueridos sacerdotes concelebrantes.

Señor Presidente do Parlamento de Galicia.

Señor Alcalde e demais membros da Corporación Municipal do Carballiño. Grazas pola vosa presenza nesta celebración.

Membros da Vida Consagrada.

Benqueridos irmáns e irmás. Amigos todos.

Celebramos hoxe a festa de san Cibrao patrono e protector desta Comunidade parroquial. Este feito axúdanos a descubrir a antigüidade desta parroquia porque aquelas entidades eclesiásticas consagradas a Santísima Trindade, e baixo o patrocinio dun santo da Igrexa dos primeiros séculos, son mostra de que foron fundadas fai moitos anos. Este ano a nosa festa redúcese a este encontro litúrxico e con unha asistencia controlada por mor dos rebrotes do covid-19 que estamos a vivir e que nos afectan a todos, por iso, e por exquisita caridade cristiá, e non só por obediencia as normas protocolarias establecidas pola autoridade sanitaria competente que procura o ben dos cidadans, queremos gardar e rogamos a todos os fies que nos esmeremos por obedecer o establecido para salvaguardar ese ben tan preciado que é a nosa propia saúde e a dos demais, dun xeito especial, as das personas mais vulnerables como son os anciáns, os enfermos e os nenos. Son conscientes que para algunhas persoas - tamén católicos e eclesiásticos - manifestan que a ceptación destas normas pola Igrexa Católica no só en Ourense, nin na Conferencia Episcopal Española, senon en todo o mundo, son como una pleitesía as autoridades e un conculmaneto das liberdades de culto e de conciencia. ¡Nada diso! Estamos ante a presenza dun virus que ten unha forma de contaxiar que gardando as medidas establecidas temos algunha garantía de evitar contaxiarnos ou de ser cauce de contaxio para as personas que viven ou dependen de nos. Non nos esquecemos ¡a Caridade non pasa nunca!

Pola outra banda, a comunidade parroquial, coa colaboración de outros estamentos da sociedade civil de esta fermosa e acolledora Vila do Carballiño, aproveitando esta festa patronal queiram rendir un homaxe a D. José Benito Sieiro González con ocasión da súa xubilación ao fronte desta comunidade e desta bisbarra despois de vinteito anos de servicio pastoral vivido con afán de entrega e fidelidade ao santo pobo de Deus que peregrina por estas terras.

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias a Dios por haber podido conocer y tratar a D. José Benito y por encontrar en él un sacerdote hermano, amigo, asesor fiel y solícito, preocupado del bien de sus compañeros sacerdotes y de todos los vecinos ya fuesen o no pertenecientes a la comunidad católica de O Carballiño. A lo largo de mis ocho años en el ejercicio de mi ministerio sacerdotal D. José Benito ha sido para mí y para el equipo de vicarios de esta Diócesis un sacerdote en el que hemos podido encontrar una verdadera y autentica comunión eclesial, y en él hemos descubierto siempre una auténtica preocupación eclesial en la que se apoyaba nuestra confianza. Durante su servicio como arcipreste de esta zona pastoral, quizás una de las más extensa de la Diócesis, ha sabido realizar una espléndida labor de fraternidad y de entrega buscando la unión y el trabajo en común con todos los integrantes de este Arciprestazgo, tanto presbíteros como religiosas y laicos. Quisiera agradecerle el entusiasmo con el que supo mantener encendida la esperanza de los grupos bíblicos y, últimamente, de los grupos sinodales que, a pesar de su situación delicada de salud siempre estuvo presente con ánimo renovado y con auténtico espíritu de conversión pastoral. Conociendo el talante personal de D. José Benito y sabiendo que no desea que se le refieran alabanzas hacia su persona, pudiéramos decir que su máxima de vida ha sido y sigue siendo: ¡que sólo Jesucristo se luzca y sólo Él sea alabado! Y porque estoy seguro que otros realizaran, en su momento, una semblanza apropiada que comienza su despliegue pastoral como vicario parroquial en Santiago de As Caldas, en la ciudad de Ourense, pasando, poco después a Ribadavia, hasta que en 1969 se le nombró párroco de Santa Comba, viviendo al lado de aquella antiquísima iglesia visigótica, en donde realizó una obra de evangelización y de socialización que ha dejado huella, hasta que fue enviado a O Carballiño, en 1992. Sé que este no es el momento, ni lo desea este buen sacerdote, hombre de paz, por eso yo quisiera centrarme, unos momentos, en una reflexión centrada en la liturgia de hoy.

En la oración colecta de esta Misa le hemos pedido al Señor que ya que ha puesto al frente del pueblo santo, como abnegado pastor y mártir invencible a san Cipriano (210-258), nos conceda por su intercesión “*ser fortalecidos en la fe católica y en la constancia para trabajar con empeño por la unidad de la Iglesia*”. Aquel joven pastor que realizó su ministerio en la iglesia africana, siendo obispo de Cartago, y que por amor a la verdad y por servicio al pueblo de Dios murió mártir con sólo cuarenta y ocho años, sigue siendo para nosotros tanto pastores como laicos modelo de un auténtico estilo de vida cristiana. Qué nos puede decir a nosotros, hombres y mujeres de este siglo XXI, este joven cristiano cuya vida transcurrió en la primera mitad del siglo III.

Cipriano, con las mismas palabras del apóstol san Pablo que han sido proclamadas en la liturgia de hoy, nos dice: *Os recuerdo, hermanos, el evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está*

salvando (...) porque yo os transmití en primer lugar, lo que también he recibido:

Que Cristo murió por nuestros pecados según las escrituras;

Y que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras;

Y que se apareció a Pedro y más tarde a los Doce;

Después de apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría vive todavía, otros han muerto;

Después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles;

Por último, se me apareció también a mí (...) que no soy digno de llamarme apóstol (1 Cor 15, 1-11).

Los santos, por perfectos orantes han sabido encarnar la fe en Jesucristo resucitado y vivo, el eternamente viviente. Los pastores, viviendo con fidelidad su vocación de servicio han transmitido esa fe en el *Dios con nosotros*, en Jesucristo. Siendo Él la clave de toda existencia creyente. La gran pasión de san Cipriano ha sido anunciar al Cristo vivo, cabeza de la Iglesia una y católica, constructor, con la fuerza y dinamismo del Espíritu, de la comunión entre aquellos que creen en el que es principio y fin, el eternamente viviente. Sólo una fe vivida de este modo, en la comunión de la *Católica*, como afirma alguno de los grandes pastores y maestros de la fe de los primeros siglos, sólo así seremos testigos vivos del Evangelio vivo que es el mismo Jesucristo; porque *el Evangelio es la fuerza de salvación para todo el que cree* (Rm 1,16). Bien sabemos que esta hermosa y a la vez comprometida tarea es superior a nuestras fuerzas, por eso la Iglesia, como madre y maestra, nos ofrece las ayudas necesarias, a todos sus hijos e hijas para ser, al mismo tiempo, pastores y fieles. Pastores porque nuestra misión es unir y perfumar con el buen olor de Cristo todo aquello que hacemos y hablamos; es decir, todas nuestras acciones y pensamientos deben estar impregnados por el Evangelio de Jesús. Eso esperan nuestros conciudadanos. Pero, además de sentirnos pastores y responsables los unos de los otros, de acuerdo con la vocación y la misión que desempeñamos en este mundo, también debemos sentirnos fieles que necesitamos ser reevangelizados constantemente para vivir esa tensión espiritual que nos ayuda a descubrir de forma renovada nuestra vocación de hijos de Dios y, por consiguiente, hermanos de los hermanos. Esta dinámica de gracia que nos lleva siempre a luchar por ser esos constructores de un cielo nuevo y de una tierra nueva ya aquí mientras somos peregrinos fascinados por ese amor de Dios que nos acerca el perdón y la misericordia, tal como fue bellamente expresado en el Evangelio de hoy que nos muestra a aquella persona pecadora a la que se le perdonan sus muchos pecados porque ha amado mucho. Por qué será hermanos míos que el perdón siempre se entiende desde la perspectiva del amor. De ahí que las personas que aman tienen capacidad para pedir perdón y para sentirse perdonadas. Hagamos cada uno de nosotros esa experiencia y seguro que no quedaremos defraudados: donde no hay amor, no hay perdón. Y no nos olvidemos

aquello que se lee en la Sagrada Escritura: *El amor es paciente, afable: no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca* (1 Cor 13, 4-8).

La contemplación de estas palabras, y sobre todo la vivencia de las mismas le llevaron a san Cipriano a luchar por vivir su fe en Cristo y su fidelidad al ministerio del Obispo de Roma, y esto en momentos de grave dificultad y división entre los mismos creyentes. Como buen cristiano y auténtico pastor hizo suyas aquellas palabras de san Pablo: *Como elegidos de Dios, santos y humildes, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El señor os ha perdonado; haced vosotros lo mismo* (Col 3, 12-13).

Y no sólo eso, sino que este santo patrono ha vivido una experiencia semejante a la que estamos sufriendo en nuestra sociedad: la presencia de una peste y la consiguiente hambre. En aquella situación dramática, como buen cristiano y pastor celoso, se puso al frente de los cristianos de su Diócesis - no se había oficializado todavía la institución de Cáritas -, pero su generosidad y entrega sirvió para hacer más viva la presencia de la Iglesia en medio de las personas más necesitadas y en un ambiente hostil al cristianismo que, poco después le llevaría al martirio con apenas cincuenta años.

Los santos siguen siendo perennemente actuales para todos. En ellos descubrimos el rostro de los mejores hijos de la Iglesia en los que se transfigura de forma auténtica la faz del Resucitado.

Os invito, mis queridos hermanos y amigos, a que volváis la mirada a vuestro santo patrono y protector y que por medio de Santa María, Reina de todos los Santos, aprendamos a descubrir, *como elegidos de Dios* que el verdadero camino, que es Jesucristo, se debe traducir en el ejercicio de la caridad y de la misericordia, desterrando *todo aquello que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Nuestro Señor Jesucristo* (cf. Hb 12, 1) y así seremos esos testigos misioneros que la Iglesia hoy necesita de nosotros.

Que así sea.

DISCURSOS

Intervención en la Toma de posesión de su canonjía por parte de los Muy Ilustres Sres. D. Luis Manuel Cuña Ramos y D. Isaac Pereiro Pereiro

Capilla Mayor de la Santa Iglesia Catedral de San Martín, 19 de septiembre de 2020

Excmo. Cabildo Catedralicio.

Queridos hermanos sacerdotes.

Miembros de la Vida Consagrada.

Excmas. e Ilustrísimas autoridades aquí presentes.

Familiares y amigos de los nuevos canónigos. Seminaristas.

Mis queridos Hermanos y hermanas. Queridos amigos todos.

La existencia de este Capítulo de la “Casa del Señor San Martín” - como a mí me gusta denominarla - hunde sus raíces en el momento histórico de la implantación de la Iglesia Católica en Ourense. Son muchos los siglos de historia que avalan vuestra institución y son impagables los servicios que el Cabildo ha prestado a esta Iglesia en Ourense y a sus obispos a lo largo de su historia. Incontables son las obras de mecenazgo que han patrocinado tanto en el interior del templo catedralicio como fuera de él; algunas de ellas siguen siendo patrimonio silente de una gran historia que estuvo vinculada desde el principio con el desarrollo y esplendor de la ciudad del Santo Cristo. Conociendo vuestra historia y los servicios realizados por vuestra Corporación, desde el primer momento de mi llegada a esta Diócesis y, en la medida de mis posibilidades, he procurado dar respuesta a las necesidades pastorales que me habéis solicitado.

Soy consciente de que el Obispo debe ejercer el ministerio de santificación en toda la Iglesia particular que tiene su corazón y su centro en la Iglesia Catedral, que es como la “Iglesia Madre” y punto de referencia de todas las comunidades de la Diócesis. Es en esta Iglesia en donde el Obispo tiene su Cátedra desde la cual ejerce el *munus docendi* y en la que preside las principales celebraciones litúrgicas. En este sentido, sería mi deseo celebrar la Eucaristía dominical y festiva en esta hermosa y antigua *Iglesia*, pero la preocupación y la obligatoria presencia en las otras comunidades cristiana a las que como pastor y guía debo visitar, me impiden realizar este deseo de hacerme presente más a menudo entre vosotros.

A pesar de todo ello, debo preocuparme de que las celebraciones litúrgicas de la Catedral se desarrollen con decoro y con solemnidad, sin descuidar el aspecto catequético, ya que una celebración dignamente celebrada es una expresión icónica, plástica, de la fe que vivimos. De ahí que el Obispo, al no poder estar presente de forma constante en la *Iglesia Madre de las iglesias* de la Diócesis, lo hace

a través de *un colegio de presbíteros - los canónigos - al que corresponde celebrar las funciones litúrgicas más solemnes en la iglesia catedral; compete además al Cabildo catedralicio cumplir aquellos oficios que el derecho o el Obispo diocesano le encomienden*¹. He aquí vuestro actual sentido: hacer presente el ministerio del Obispo en esta Catedral-Basílica, y hacerlo con la conciencia clara de que sois el rostro del Obispo de esta Iglesia que peregrina por las antiquísimas tierra ourensanas de hondas raíces cristianas. Sois sus ojos, sus labios, sus manos, en definitiva, participáis como sacerdotes, y de manera especial como *colegio de presbíteros*, de una de las misiones que os honra y es motivo de gozo para la comunidad creyente. Y esa misión, a pesar de las dificultades con las que nos encontramos para cubrir las necesidades de tantas parroquias, sigue siendo una institución que posee su sentido y significado en el hoy de nuestra Iglesia local.

Ya desde el inicio de mi ministerio pastoral os he expresado mi profundo deseo de revitalizar, en la medida de mis posibilidades, las celebraciones en esta Catedral y, al mismo tiempo, potenciar el hecho de la *diocesanidad* del Cabildo de esta Catedral-Basílica que bien sé que estáis muy empeñados, no sólo en conseguirla, sino en vivirla. En estos momentos estáis procediendo a la revisión y actualización de vuestros Estatutos Capitulares y lo hacéis en el horizonte del *Sínodo Diocesano de Ourense 2016-2020*, en el que participáis de pleno derecho². Este acontecimiento eclesial de gracia y de misericordia para con nuestra Iglesia, que debido al impacto del covid-19 nos hemos visto obligados a cambiar su ritmo de trabajo, os tiene que ayudar a configurar este marco estatutario dentro de las coordenadas de una verdadera sinodalidad. Quisiera manifestaros mi satisfacción y agrado al comprobar que en el articulado de los actuales Estatutos, aprobados por Mons. Osoro Sierra (1997-2002), en el año 1999, ya afirmabais que los Capitulares pueden prestar, a requerimiento del Obispo, una labor pastoral *en otras iglesias, incluso fuera de la Catedral*³. Cosa que en estos momentos ya estáis haciendo, ya sea prestando servicios pastorales puntuales, como ejerciendo la administración parroquial de algunas comunidades cristianas. En los Estatutos actuales, recogiendo el espíritu sinodal en el que nos movemos, y conscientes de que la sinodalidad ha de ser la clave distintiva de toda la comunidad eclesial en todos y en cada uno de sus miembros, porque estamos convencidos de que *el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio y que lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, es caminar juntos -laicos, religiosos, pastores y obispo - esto es fácil de expresar con palabras, pero no lo es tanto el ponerlo*

1 Cfr. CIC, 503.

2 Cfr. CIC, can. 463 § 3º.

3 *Estatutos del Cabildo de la S.I. Catedral-Basílica de Ourense*, 1999.

en práctica⁴. Esta sinodalidad sigue siendo un hermoso deseo y una apuesta o un reto de cara al futuro, y una fascinante utopía⁵.

Recientemente habéis manifestado vuestra sensibilidad eclesial de buenos pastores y de auténticos hombres de Iglesia al ofrecer una parte de vuestros bienes, en un momento de crisis económica en nuestra Iglesia particular, para llevar a cabo un proyecto pastoral que sin vuestra ayuda sería imposible realizar. También he sido testigo de cómo habéis acogido *la aplicación y desarrollo de la Programación Diocesana de Pastoral*.⁶ Con esta manera de actuar os abris a lo que con una palabra se dice todo: **diocesaneidad**.⁷

En esta ocasión al darle colación canónica a un **Vicepenitenciario**, soy consciente de que este ministerio es uno de los más importantes que debe desempeñar el Capítulo de nuestra Iglesia-Catedral porque hoy, más que nunca, es muy necesario para el buen servicio pastoral de esta que es la *Iglesia Madre* de la Diócesis, potenciar el ministerio de la escucha, del perdón y del discernimiento espiritual de los fieles que buscan el consuelo de Dios.

En esta Catedral existen realidades que muchos de nuestros fieles no conocen y, sin embargo, son de una gran importancia. En este templo el culto y la cultura se encuentran íntimamente unidos, de ahí que uno de los ministerios que como Colegio de presbíteros venís realizando con atención y cuidado es el de ser custodios de la memoria de nuestra Iglesia en Ourense, misión que podéis llevar a cabo por medio del Canónigo Archivero-Bibliotecario. La importancia de la documentación de nuestro Archivo Catedralicio queda acreditada por el reconocimiento de la Unesco al inscribir en el *Registro Internacional de la Memoria del Mundo* el “Mandato de Alfonso IX, rey de León, remitiendo a Alfonso, Obispo de Orense, copia de los textos legales de las Constituciones de las curias regias de 1188 y 1194 para su cumplimiento como legislación general del reino” (Signatura Privilegios I nº 51). En este mismo sentido, el Ministerio de Educación y Cultura también ha agradecido a este Cabildo las facilidades concedidas para lograr esta prestigiosa incorporación de un documento que se custodia en nuestro Archivo Catedralicio de Ourense y que es clave en la historia de las Instituciones parlamentarias del mundo. Esto quiere decir que conservamos el documento más antiguo en donde consta la existencia de un sistema parlamentario bajo el reinado de Alfonso IX de León (1171-1230) que fue padre de Fernando III el Santo.

Además de los valiosos pergaminos y de otra documentación de grandísima

4 FRANCISCO, *Alocución a los Padres Sinodales con motivo del 50 Aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos*, 16 de octubre de 2015.

5 Carta pastoral *Iglesia en camino “a lo esencial”*. Con motivo de la apertura del Sínodo Diocesano de la Iglesia particular de Ourense (2016), p. 47.

6 *Estatutos del Cabildo de la Catedral-Basilica de San Martiño*. Ourense 2020, Art. 2 § 2.

7 Cfr. *Estatutos 2020*, Art. 5 § 3.

importancia, nuestro Archivo Capitular posee una biblioteca auxiliar en donde se recoge la bibliografía más importante acerca de la historia de la Iglesia en Ourense, de esta provincia y de la Galicia cristiana. Una buena parte de este material bibliográfico ha sido donación del Muy Ilustre Sr. D. Miguel Ángel González García, anterior Canónigo Archivero, al que este Cabildo le está muy agradecido.

Para ocupar este ministerio que estaba vacante por renuncia al mismo de su anterior poseedor, hemos nombrado a Mons. Luis Manuel Cuña Ramos, sacerdote de esta Diócesis, que hasta el pasado 31 de julio del año en curso, desempeñó el cargo de Archivero Histórico de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, en la Ciudad del Vaticano, servicio que ocupó durante veinticuatro años.

Aunque en vuestros Estatutos actuales sólo se recoge el cargo estable de Archivero, he decidido que, de ahora en adelante, Mons. Cuña Ramos sea **Canónigo Archivero-Bibliotecario** de esta Catedral, encomendándole vivamente que no sólo se cuiden y custodien convenientemente los valiosos documentos que actualmente poseemos, sino que la Biblioteca de nuestra Catedral siga creciendo no tanto en número de volúmenes, cuanto en la calidad de los mismos, manteniendo una estrecha colaboración con la Biblioteca del Instituto Teológico “Divino Maestro” - antigua Biblioteca del Seminario Mayor Diocesano - y con los demás entes bibliotecarios de la provincia y de Galicia.

Tanto a los nuevos capitulares como a los que ya venís ejerciendo este oficio os ruego que viváis con la mayor ilusión y exigencia espiritual vuestro cometido; que desempeñéis las cargas capitulares con la conciencia clara de que todo lo que hagáis será siempre para gloria de Dios. Sé de vuestras dificultades, así como de los problemas que os afectan, pero no piensen que esta situación es diferente a otras realidades eclesiales similares a la vuestra. Podéis tener la certeza de que el Obispo, cabeza del colegio de presbíteros que formáis como Cabildo, os estará cercano y será muy sensible a las necesidades de esta Catedral-Basílica de San Martín.

Queridos y estimados Sres. Canónigos de esta Catedral: en la atención a las celebraciones liturgias que aquí se viven, toda la Diócesis, y en cierto sentido, toda la Iglesia que vive su fe en Ourense, ora a través de vuestros labios y se hace presente en la alabanza a la Santísima Trinidad. Es una presencia antigua y siempre nueva; a pesar de la falta de sacerdotes en activo que cada vez son menos numerosos, vuestra presencia en esta *Casa del Señor San Martín y de Santa María Madre* es necesaria para el bien de esta Iglesia y de sus hijos e hijas que se confían a vuestras oraciones. No se olviden de que aquella comunidad que no expresa la unidad de su fe y no la celebra solemnemente, pierde su vitalidad y termina desapareciendo. ¡Tened confianza! nuestros criterios y tiempos, nuestra forma de pensar, no son los de Dios ni los de su Providencia. Él tiene sus planes

que se hacen tangibles en nuestra historia concreta; debemos sentirnos eslabones de una cadena de fidelidades. Tantos sacerdotes, con sus obispos respectivos, nos han precedido; tanta santidad de vida nos interpela y nos exige, amorosamente, para que seamos más fieles en nuestra entrega. Tanta belleza y piedad hecha arte, que se percibe cuando uno entra con el corazón de un verdadero peregrino por el Pórtico del Paraíso, son prueba evidente de que este templo es una realidad viva.

A los Sres. Capitules enfermos, ancianos o eméritos les ruego que se sientan muy activos y operativos, mediante el dinamismo de la gracia que como esa energía divina hace nuevas todas las cosas (Cfr. Ap 21,5). A ellos se les invita a que participen en las diferentes actividades de esta Catedral-Basílica; no nos olvidemos que si es verdad que nadie es imprescindible, no es menos cierto que todos somos necesarios. Sólo nos puede jubilar definitivamente la muerte, y ni siquiera ella, porque para los que luchamos por vivir nuestra fe en el Resucitado, ésta es la puerta de la Vida. Ruego a todos que nos ayudemos en el ejercicio de nuestro ministerio. Les pido que se ilusionen en esta tarea pastoral en y desde la Catedral.

Que San Martín de Tours, Santa María Nai y sobre todo el Santo Cristo, nos ayuden y nos alienten en este camino de esperanza.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Julio*Un tiempo para el descanso*

Muchas personas aunque sigan manteniendo sus ocupaciones ordinarias dedican, en la medida de sus posibilidades, un tiempo para el descanso. Este curso ha sido especialmente intenso para todos, como consecuencia de la pandemia, y los procesos de vacunación no exentos de cierta tensión, sin olvidarnos de las graves situaciones sufridas por muchas familias a causa de la falta de trabajo o de su pérdida, por motivos de la pandemia. También los niños, tanto los adolescentes como los más jóvenes, han experimentado ciertas tensiones, impensables en el curso pasado, que les ha llevado al uso continuado de la mascarilla en el aula y el exigente ritual del uso de los geles hidroalcohólicos. Sesiones incómodas pero que han sido observadas con fidelidad, incluso por los más pequeños, y por ello merecen nuestro aplauso y reconocimiento. Yo mismo he sido testigo de los grupos de jóvenes que han recibido la Confirmación en las últimas semanas del curso y lo responsables que han sido.

Los meses de julio y agosto traen un espacio vital diferente en donde al disfrutar de la naturaleza se le ha sumado que ciertas normas anticovid hayan dejado de ser tan estrictas. Sin embargo, a la covid-19 parece que le ha sucedido ese otro virus que casi nos está llevando a usar otro tipo de pantallas protectoras porque la hermosa naturaleza, que hace todavía unas semanas nos había obsequiado con su verde frescura, ahora una vez más parece intoxicar nuestra atmósfera con el humo de los incendios.

No podemos permanecer impasibles ante este gravísimo fenómeno. Quien quema la naturaleza comete un grave atentado contra el ser humano y, todo aquello que daña al hombre y a la mujer de nuestros pueblos, constituye un gravísimo pecado contra Dios que es su Creador.

No solo se queman nuestros montes y lo que antes parecía un hermoso tapiz de infinidad de colores, en el que habitaban las más variopintas de nuestras faunas, se convierte en momentos en un "infierno en la tierra". Porque donde hay muerte, aunque sea del ser más pequeño, casi imperceptible, se proyectan las sombras de lo peor que habita en un ser humano. no existe justificación alguna para provocar un incendio, ni hay intereses que, por "muy nobles" que pudieran ser considerados, mitiguen por momentos un crimen contra la naturaleza.

Los que profesamos la fe en el Dios de Jesucristo, un Dios de vivos y no de muertos, ¡un Dios vivo!, debemos comprometernos más seriamente en la defensa del medio ambiente, en su limpieza, su cuidado y, si fuese necesario, llevar a cabo acciones propositivas que ayuden a las autoridades competentes a conseguir que

la naturaleza y su entorno constituya la "casa común" en la que todos podemos vivir y todos, desde los niños a los ancianos, debemos proteger y cuidar.

Esta sana ecología sigue siendo una asignatura pendiente de la que en este mes todos podemos examinarnos y todos debemos convertirnos en esos defensores de la vida, de todo tipo de vida, porque haciéndolo así damos Gloria al Dios de la vida.

Agosto

¡Estamos de fiestas!

El mes de agosto es un tiempo que, en nuestra Diócesis, se convierte en una ocasión propicia para las fiestas patronales. En muchas de nuestras parroquias el día del patrón o patrona viene precedido de un novenario. Durante esos días, los sacerdotes responsables de cada comunidad cristiana, ya sean parroquias grandes o pequeñas, preparan a los fieles para vivir mejor la fiesta del santo titular. Son ocho días en los que se celebra la Eucaristía, hay una predicación más cuidada de lo habitual, procurando que tenga un lenguaje adaptado tanto a la mentalidad de nuestras gentes como a la situación de nuestros pueblos; se pide, además, que se refieran a las lecturas proclamadas en la Liturgia de la Palabra y así, la Palabra de Dios sea aplicada a la vida cotidiana. Se reza el Rosario en comunidad y también se ofrecen oportunidades para recibir el sacramento de la Penitencia. En líneas generales, esa viene a ser la dinámica de las novenas.

Sin embargo, entre las proposiciones del Sínodo Diocesano en el que nos encontramos inmersos, se nos invita y, en ocasiones, se nos recuerda con insistencia, que no podemos quedar solo en un puro cumplimiento de una serie de tradiciones y costumbres propias de la realidad rural gallega. Si bien es cierto que la Misa dominical está experimentando un fuerte retroceso, y mucho más en medio de esta pandemia, en cambio las romerías, los novenarios y las peregrinaciones siempre congregaron a un gran número de fieles de todas las edades, incluso niños y jóvenes. De hecho, las fiestas patronales de la mayor parte de nuestras parroquias, también en las más pequeñas, siguen reuniendo a un buen número de vecinos, muchos de ellos ya no viven en esos lugares y regresan a ellas con motivo de las vacaciones o con ocasión de las fiestas patronales, de un entierro o de algún acto general de difuntos o de cualquier otro acto significativo.

Las fiestas bien preparadas se convierten en un medio singular para la inculturación de la fe cristiana en el corazón de nuestros pueblos. No podemos caer en la tentación de claudicar ante algunas manifestaciones durante las fiestas patronales que cayeron en manos de instituciones culturales públicas, conscientes de que son ocasiones propicias en las que se lleva a cabo una intensa socialización natural

de villas, pueblos y aldeas.

La Iglesia, siguiendo el mandato de Jesucristo, tiene que "lanzar las redes" sin miedo aprovechando estas ocasiones lúdico-festivas para llevar a cabo un proceso de evangelización que puede llegar, no solo a los fieles habituales que acuden al templo, sino también a los "practicantes ocasionales" y, como no, también a aquellos que están viviendo un momento de distanciamiento de la institución eclesial. Una predicación bien preparada, una liturgia dignamente celebrada, con los cantos y la música oportuna, con los ministros y los acólitos necesariamente ensayados, toda esta experiencia eclesial se puede aprovechar como un cauce evangelizador, como un particular "atrio de los gentiles" en donde el mensaje central del misterio cristiano se anuncie con suficiente claridad.

En este sentido, una de las proposiciones de las sesiones sinodales nos dice que se deben renovar los ejercicios y expresiones de la piedad popular para que se celebren con sentido bíblico y litúrgico, evitando toda chabacanería y liberándolos de cualquier signo de superstición y de comercialización de lo sagrado. Además de todo ello, los participantes en las sesiones sinodales nos han dejado alguna proposición en donde se nos pide que aprovechemos las celebraciones de piedad popular como los rosarios, romerías, procesiones y novenas para revitalizar la vida litúrgica de nuestras gentes y convertirlas en ocasión propicia para que los fieles puedan acercarse a los sacramentos de "curación".

Aprovechemos estas fiestas, participemos en ellas y de ellas para que "la alegría del Evangelio llene el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús".

Os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.

Septiembre

¡Levantemos el corazón!

Así reza una frase del diálogo habitual con el que iniciamos el canto o rezo del "prefacio" en toda Eucaristía. Esta invitación, repetida constantemente, tiene que ayudarnos a descubrir que la vida cristiana debe estar recorrida toda ella por este dinamismo que nos ayuda a reaccionar contra todo tipo de inercias. En este sentido, los miembros del Consejo de Pastoral Diocesana, reunidos en el Santuario de los Milagros, para elaborar las líneas fundamentales que deben orientar toda la programación pastoral diocesana durante este trienio 2021-2024, han escogido, de forma elocuente y, al mismo tiempo, exigente, el texto del Evangelio de Lucas: "Y levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén" (Lc 24, 33). Como bien sabéis, corresponde al relato de "los discípulos de Emaús".

El cristianismo es más que una religión, es una vida, en ella queremos hacer realidad, en carne propia, el proyecto existencial presentado por el Crucificado-

Resucitado. Como en los tiempos de Jesús, también nosotros estamos llenos de dificultades; nos rodean por todas partes una serie de realidades que pueden aplastar nuestra vivencia de la fe: la pandemia, la inercia, el relativismo cultural, el neopaganismo existente, las fuertes ideologizaciones que pretenden apagar el dinamismo del espíritu, y tantas otras cosas que, si no tenemos bien fundada nuestra fe sobre la roca que es Jesucristo vivo, será imposible caminar correctamente por la vía adecuada, sino que corremos el riesgo de dirigir nuestros pasos en otra dirección. Podemos emprender una “fuga” hacia los diferentes “Emaús” que nos podemos construir como si fuesen seguridades que nos pueden salvar. Al aceptar la invitación de levantar el corazón, lo que estamos haciendo es apostar por el encuentro con Jesucristo, resucitado y eternamente vivo. El Dios vivo que camina a nuestro lado, está en nosotros, vive en nosotros y sufre en nosotros.

He ahí la clave de toda programación pastoral, como lo está siendo de nuestro Sínodo Diocesano que sigue las pautas trazadas por el papa Francisco: "La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús" (EG, nº1).

Porque si el lema para el trienio nos invita a no caer en la inercia y luchar por levantarnos siempre, aquél que nos hemos fijado para este curso 2021-2022 es "Jesús se acercó y tocándolos les dijo: levantaos, no temáis" (Mt 17, 7). Somos conscientes de que en ese proceso de “levantarse” la iniciativa la tiene el mismo Dios para con nosotros.

Él es aquél que sale a nuestro encuentro, se nos acerca y nos toca, porque aquello que define a nuestro Dios es la “cercanía”, no es un ser lejano que se desentiende de nosotros (cf 1 Re 18, 27). La acción pastoral de la Iglesia está llamada a dar el paso de una pastoral de conservación de la fe y de la práctica religiosa, tantas veces epidérmica y poco comprometida con la vida, a una pastoral más misionera. Para ello es necesario plantearse una “conversión personal” para que se haga efectiva esa "pastoral misionera que no puede dejar las cosas como están" (EG, nº 25).

Esta urgencia a la que nos llama la nueva tarea evangelizadora es uno de los grandes objetivos de nuestro Sínodo Diocesano. Esa realidad evangelizadora es la tarea emprendida por la Iglesia desde el principio, sin embargo, se hizo especialmente operativa con el Vaticano II y con el magisterio de Pablo VI, él ha sido quién ha afirmado que la tarea de la evangelización de todos los hombres "constituye la misión esencial de la Iglesia (...) Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar" (EN, nº 14). Y si la tarea de toda la Iglesia es evangelizadora, la Iglesia en Ourense, al concretar su Programación Diocesana de Pastoral 2021-2022, ha reflexionado, rezado y contemplado su realidad –dejándose interpelar por el Evangelio- y ha concretado una serie de acciones encaminadas a acompañar las diversas comunidades cristianas para que, confrontándose con

Jesucristo, se conviertan en comunidades de discípulos misioneros. Este proceso quiere lograrlo mediante el encuentro con la Palabra de Dios, a través de todos los medios a su alcance, de manera especial potenciando los “grupos bíblicos”. Nadie que se acerque a la lectura creyente de la Palabra permanece indiferente a toda la conversión pastoral. Junto con la Palabra, están las celebraciones litúrgicas y de todo ello brota, sin querer, el ejercicio de una caridad creativa.

Encontrarse vivencialmente con el Resucitado nos lleva a levantarnos de nuestras tibiezas, de las posturas pastorales que han quedado cristalizadas y situarnos en la dinámica de una Iglesia misionera que es aquella que ha optado por el camino de la conversión. Un camino que nos invita a descubrir lo importante que es dejarse “primerear” por Jesucristo, es decir, dejarle que tome la iniciativa. Un camino que nos lleva a “involucrarnos” en el corazón de nuestros pueblos y de sus gentes, de sus ilusiones y proyectos, de sus problemas y dificultades.

Y, por último, una Iglesia que se deja evangelizar se convierte en una comunidad que “celebra” y festeja porque se convierte en una realidad viva que conjuga, perfectamente, evangelización y liturgia, porque se esfuerza por unir la vida con las obras y, cuando hay vida y obras fecundas, se celebra fiesta y se realiza la gran “acción de gracias” en donde se sintetizan esas profundas realidades divinas y humanas, en el horizonte supratemporal de la Iglesia Santa.

Os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.